

El poder de (la voluntad) política

POR ALFREDO PUCCIARELLI

Doctor en Filosofía, con especialización en Ciencias Sociales, por la Universidad Nacional de La Plata, donde es profesor extraordinario. También es profesor consulto en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani; y director de investigaciones colectivas y profesor de posgrado en esas dos universidades, en FLACSO, en el Colegio de México y en la UNAM. Recibió recientemente el premio Houssay a la Trayectoria en el área de las Ciencias Sociales. Ex investigador principal del CONICET, durante los últimos años ha publicado diversos trabajos sobre el proceso de degradación política y social, así como el vaciamiento institucional generado a lo largo de la reconstrucción democrática. Entre sus libros más recientes figuran *Empresarios, tecnócratas y militares*, *Los años de Alfonsín* y *Los años de Menem*, publicados por Siglo XXI Editores.

La historia de estos últimos doce años es, entre muchas otras cosas, la historia del rol desempeñado por la confrontación entre *poder político* y *poder corporativo*, en el desarrollo de dos procesos que han marchado indisolublemente unidos: la construcción del Movimiento Nacional Kirchnerista y la recuperación de la soberanía del Estado, de la autonomía del gobierno y de la legitimidad y capacidad de decisión de los poderes representativos. Para analizarla desde sus orígenes es necesario tener en cuenta dos de sus más importantes antecedentes. Las características de la *crisis hegemónica* que desembocó en el colapso político institucional de fines de 2001 y el modo como fue parcialmente superada por la gestión del presidente Duhalde durante los dos años posteriores. La *crisis de hegemonía* es por definición una crisis irresuelta, que por razones imposibles de abordar aquí no puede transformarse en "crisis orgánica" pero puede conducir a una situación límite, en la cual las luchas que desencadena generen un profundo quiebre institucional y un alto grado de desorganización social.

Pone en peligro, entonces, la vigencia del modelo hegemónico prevaleciente y, en la medida en que no encuentra vías de resolución, la vigencia de los fundamentos mismos del orden social.

Hay *crisis orgánica* cuando en una situación aún más extrema, el bloque hegemónico pierde legitimidad, son repudiados sus elencos dirigentes (especialmente políticos y funcionarios institucionales) y rechazadas las reglas y los principios que regulan el funcionamiento de cada una, o la mayoría, de las cinco instancias que lo componen (económica, social, política, institucional, intelectual). En ese proceso de repudiar y aislar al bloque hegemónico hay dos grandes momentos: el que marca la progresión fragmentada, desigual, irregular, de la disolución del orden imperante; y el de transformación del proceso de disolución del orden, en amenaza de mutación del orden existente, en otro de características opuestas o radicalmente diferentes. Su concepto tiene, por lo tanto, carácter relacional, se define en relación a su contrario, el concepto de contrahegemonía. Hay *crisis orgánica* cuando la crisis del



MARTÍN SCHIAPPACASSE

► orden hegemónico como orden imperante lucha por el poder y mide sus fuerzas declinantes con el ascendente movimiento social, político e institucional que desde el llano se ha movilizó para imponer un contraproyecto alternativo. Por su intensidad, su extensión y su profundidad, la naturaleza de esta confrontación debe generar un escenario social, político y estatal diferente y en cambio permanente, donde las relaciones entre las distintas fuerzas en pugna se modifican constantemente.

Nos hallamos, en cambio, frente a una improductiva *crisis de hegemonía*, cuando este múltiple proceso de desagregación del bloque histórico, aislamiento del bloque hegemónico, surgimiento de nuevas fuerzas sociales, construcción de un proyecto potencialmente contrahegemónico y lucha política para desplazar al bloque hegemónico no se cumple totalmente y la lucha, fragmentada e incompleta, se prolonga excesivamente reproduciendo un conflicto irresuelto, que no puede abrir una nueva instancia de reconstrucción del tipo de orden cuestionado ni generar nuevas fuerzas con vocación contrahegemónica. En lugar de posibilitar la salida y superación de la crisis, produce lo contrario: un incontenible proceso de decadencia que amenaza generar tanto un proceso de desagregación social como un colapso institucional (Portantiero, 2002).

Esto último es lo que ocurre en la Argentina durante el lapso que comienza con la explosiva aparición del *voto bronca*, en medio de la catastrófica repulsa electoral a los candidatos de los partidos tradicionales, en las elecciones legislativas del mes de septiembre de 2001, hasta la rebelión social gestada tras la consigna *que se vayan todos*, en los primeros meses del año 2002, pasando por la renuncia del presidente y la disolución del poder gubernamental en diciembre de 2001. Durante su transcurso, la agudización de la *crisis de hegemonía* impedirá la superación de la crisis económica y financiera y producirá primero un peligroso agotamiento del régimen de acumulación, luego un principio de rebelión social, y casi simultáneamente un inevitable derrumbe del entramado político institucional. Pero, en la medida en que la rebelión antigubernamental toma un fuerte sesgo antipolítico, deja de luchar por una salida popular de la crisis. Mientras la ofensiva popular confrontaba con todo el poder político institucional y dejaba decenas de muertos en las calles de varias ciudades, detrás de la consigna *que se vayan todos*, en el Congreso y en los pasillos de la Casa de Gobierno, dirigentes y representantes peronistas y radicales debatían distintas propuestas de resolución inmediata de la crisis institucional.

Esta falta de proyección política limita severamente los alcances de la lucha social posterior, que se intensifica durante el año 2002 pero no puede impedir que la corporación política preexistente genere desde el poder legislativo una serie de acuerdos cupulares entre radicales y peronistas que desembocan en un proyecto de transición polí-

NÉSTOR KIRCHNER Y CRISTINA KIRCHNER DESDE EL MISMO MOMENTO DE LA ASUNCIÓN DESARROLLAN UNA ESTRATEGIA ESPECIAL DESTINADA A TRANSFORMAR ESA ESPECIE DE VICARIATO DEMOCRÁTICO EN UN NUEVO TIPO DE PODER POLÍTICO PROPIO, AUTÓNOMO E INDEPENDIENTE.

tica e institucional de dos años de duración, encabezado como presidente provisional por el jefe del peronismo en la Provincia de Buenos y senador Eduardo Duhalde.

Durante sus dos años de gestión el nuevo gobierno precipita la lucha entre sectores internos y externos al bloque hegemónico preexistente, para definir quién, cuándo y cómo se deberán pagar los costos económicos y sociales del default y de otras medidas destinadas a poner el primer freno a la agudización de la crisis. Cuando la lucha entre sectores se atenúa, se reordena medianamente el funcionamiento económico y se inicia una etapa de crecimiento económico, que lleva adelante con sumo éxito un proceso de normalización político-institucional basado en el protagonismo político de los mismos partidos y dirigentes, que habían sido repudiados por los movimientos sociales de protesta, embanderados en el *que se vayan todos*.

Con el llamado a elecciones se abre un período de normalización que contiene esos dos fenómenos superpuestos: a) el fracaso político de los movimientos sociales genera un vacío de poder; b) esto permite que sea

EL PRESIDENTE KIRCHNER HABÍA RESCATADO PARA LA GESTIÓN GUBERNAMENTAL Y REINSERTADO EN EL DEBATE POLÍTICO IDEAS, OBJETIVOS, ESTRATEGIAS Y FORMAS DE APELACIÓN QUE PARECÍAN HABER SIDO ELIMINADAS DEFINITIVAMENTE DEL IMAGINARIO POLÍTICO.

ocupado rápidamente y sin oposiciones significativas, por los mismos responsables directos e indirectos del endeudamiento, de la crisis no resuelta y del colapso institucional del año 2001.

Al ser dominado por los mismos protagonistas, el intento de recomposición institucional impulsado por la administración del presidente Duhalde reproduce en los mismos términos la crisis de representación que había cercenado la relación entre sociedad y política en el período anterior. La inmensa mayoría de las agrupaciones relevantes, que retornan a la lucha electoral, siguen conducidas por los mismos miembros del elenco corporativizado de dirigentes que había provocado la crisis, impulsó la renuncia del presidente De la Rúa y se mostró impotente para impedir el colapso institucional. Abroquelado en el Congreso Nacional resistió las violentas manifestaciones de repudio de los activistas sociales y generó desde allí el acuerdo interpartidario que posibilitó la exitosa gestión restauradora del gobierno de transición. Ese mismo elenco de dirigentes, convertido en una corporación política autosuficiente, totalmente aislada de la sociedad y carente

de propuestas políticas consistentes, para iniciar el camino de la recuperación poscrisis, se volvió a subdividir en parcelas electorales artificiales y generó una confrontación sólo aparente, caracterizada por la ausencia de diferencias políticas sustantivas dentro de un clima exacerbado de frivolidad del espectáculo electoral.

Por ser tributario de estos procesos, el procedimiento de relegitimación electoral de las instituciones democráticas sólo sirvió a ese propósito, marcó el punto inicial de una necesaria vuelta a la normalidad y el orden institucional, pero dejó pendiente para el desarrollo de luchas futuras dos cuestiones aún más trascendentes: superación de la crisis financiera provocada por la declaración de cesación de pagos de la deuda externa y resolución de la *crisis de hegemonía* generada por la rebelión popular, el colapso institucional, la disolución de la pactos de representación, el aislamiento político de los partidos tradicionales y el persistente activismo anti político de los movimientos populares.

Cuando Néstor Kirchner, candidato de emergencia de parte de ese conglomerado desarticulado de grandes punteros territoriales, en que se había convertido el peronismo, es ungido presidente, sin necesidad de afrontar la segunda ronda electoral, todos creyeron que, como en otros momentos de la historia del Movimiento, sólo había recibido una especie de poder por delegación concedido, esta vez, por la liga de intendentes bonaerenses, comandada por el Presidente Duhalde. Todos menos dos de sus principales involucrados en la movida electoral, él y Cristina Kirchner que desde el mismo momento de la asunción desarrollan una estrategia especial destinada a transformar esa especie de vicariato democrático en un nuevo tipo de poder político propio, autónomo e independiente.

La historia del modo en que se entrelazan la prolongación del crecimiento económico y la disminución del desempleo, con el reconocimiento de viejas deudas sociales y la promulgación de impactantes medidas redistributivas, en la transformación del condicionamiento propio de la situación de delegación, primero en ámbito compartido de negociación, luego en espacios escindidos de confrontación y por último en la base de un poder propio de características diferentes, no ha sido contada todavía. Sabemos, en cambio que tiene gran influencia en la reconquista de aceptables niveles de legitimidad institucional y en la superación definitiva de la *crisis de hegemonía*, producida a partir del resonante triunfo electoral del Frente para la Victoria en las elecciones de medio término del año 2005.

Para llegar a ese punto el presidente Kirchner había rescatado para la gestión gubernamental y reinsertado en el debate político ideas, objetivos, estrategias y formas de apelación que parecían haber sido eliminadas ►

► definitivamente del imaginario político durante el período de hegemonía neoliberal. Entre ellas se destaca nítidamente una que adquiere carácter fundacional y hace posible todas las demás: la recuperación del valor de la palabra, de la argumentación, de la confrontación y de la interpelación política, para utilizarla como instrumento de recuperación de la práctica política, entendida como práctica social transformadora.

Los problemas son diversos y también los modos de encararlos para hallar una solución, pero, además de firmeza, hiperactivismo y fuerte determinación, puede descubrirse en todos ellos los rastros de una estrategia transformadora y de acumulación de poder político que algunos autores, parafraseando a Gramsci, denominaron *el devenir de una revolución desde arriba* (Godio, 2006). El término *revolución* es excesivo pero la idea parece adecuada para caracterizar una gestión que trae un gran ímpetu transformador pero se halla severamente condicionada en las primeras etapas de su desarrollo, por la necesidad de compensar con legitimidad de ejercicio, el bajo nivel de legitimidad de origen, que le había brindado el escaso 22% de apoyo obtenido en una anómala compulsión electoral. Utilizando esa perspectiva, los objetivos explícitos del ambicioso programa de *desarrollo con inclusión*, que caracterizará toda la gestión de los gobiernos kirchneristas, pueden ser considerados entre otras cosas, estrategias, instrumentos de acción y formas de apelación, destinadas al logro de un objetivo aún más trascendente: la construcción de un movimiento político, destinado a convertirse en la herramienta de gestación y representación de una nueva identidad social y un nuevo tipo de poder popular.

Con el intento de reconstruir el tejido industrial, el mercado interno, la plena ocupación, la redistribución del ingreso y la ampliación de derechos ciudadanos, la gestión de gobierno sentará la bases materiales de un proceso de expansión del poder popular, que se ubicará en las antípodas del proyecto neoliberal iniciado por Martínez de Hoz, el ministro de Economía de la última dictadura, que pudo imponer y llevar a cabo un proyecto basado en un razonamiento exactamente opuesto: eliminar de raíz el populismo y el alto nivel de cuestionamiento al orden existente desarrollado por movimientos sociales y partidos populares desde la posguerra en adelante, volviendo a la Argentina agropecuaria, haciendo tabla rasa con el tejido industrial y la ocupación obrera que habían funcionado como su base de sustentación. En ese contexto se inscribe como una enorme reivindicación de aquellas luchas anteriores, una de las más sorprendentes definiciones formuladas por el flamante presidente Kirchner durante el discurso de asunción en el Congreso Nacional. Expresó, ante un sorprendido elenco de nuevos legisladores:

LA CONSTRUCCIÓN DE UN MOVIMIENTO POLÍTICO, DESTINADO A CONVERTIRSE EN LA HERRAMIENTA DE GESTACIÓN Y REPRESENTACIÓN DE UNA NUEVA IDENTIDAD SOCIAL Y UN NUEVO TIPO DE PODER POPULAR.

TODO LO QUE VA SUCEDIENDO ALIMENTA, A SU VEZ, UN OBJETIVO AÚN MÁS TRASCENDENTE: SUPERAR LA INESTABILIDAD E INCERTIDUMBRE PROPIA DE LA CRISIS DE HEGEMONÍA QUE SE HALLA EN EL ORIGEN DE ESTE PROCESO, CONSTRUYENDO UN NUEVO PROYECTO GLOBALIZADOR DE HEGEMONÍA ORGÁNICA.

“Formo parte de una generación diezmada (...) castigada con dolorosas ausencias. Me sumé a las luchas políticas creyendo en valores y convicciones, a los que no pienso dejar en la puerta de entrada de la Casa Rosada” (M. Granovsky: “Llegamos con memoria y sin rencores” en *Página/12* del 26-5-03).

En lo sucesivo, discurso, acción política y gestión gubernamental se irán reforzando mutuamente, aunque con el desarrollo del plan de gobierno el impacto popular de las medidas les irá otorgando un significado que superará ampliamente a las formas de apelación y al contenido argumental de los discursos. Se irá definiendo en este caso uno de los rasgos dominantes de un nuevo proyecto de revinculación entre el movimiento popular y el Movimiento Kirchnerista, basado en lo que podríamos denominar, para enfatizar el bajo nivel de conceptualización de los mensajes, *expansión de una ideología en estado práctico*. Un modo de comunicar articulado, a su vez, con otras características organizativas del nuevo movimiento que no vamos a reseñar en honor a la brevedad de este texto.

El nuevo poder en gestación no sólo estaba acuciado por los problemas financieros, las demandas sociales, los déficit institucionales y los problemas de legitimidad. También debió resistir el acoso en varios frentes del poder corporativo en todas sus variantes, económicas, políticas e institucionales, nacionales y extranjeras. Si se pasa revista a cada uno de los acontecimientos donde aparece este nuevo tipo de contraposición, puede hallarse un denominador común: todos se comportan de la misma manera, presionan, amenazan o confrontan con el gobierno, según lo dicte su propia conveniencia y el estado de la correlación de fuerzas en cada circunstancia. Aunque se abre un amplio abanico de decisiones en las cuales se va forjando lentamente la popularidad del gobierno, la firmeza y determinación con que Néstor Kirchner encara la confrontación entre poder político y las diferentes instancias del poder corporativo, adquiere, en la primera parte del primer período presidencial, carácter fundamental. Los éxitos obtenidos en esa especie de combate permanente por la defensa de la soberanía estatal, por la restitución de la autonomía gubernamental y por la gestación de poder político partidario se convierten en un importante factor de relegitimación de *lo político* y de legitimación del proyecto nacional todavía en ciernes entre los sectores más politizados de la sociedad.

Todo lo que va sucediendo alimenta, a su vez, un objetivo aún más trascendente: superar la inestabilidad e incertidumbre propia de la *crisis de hegemonía* que se halla en el origen de este proceso, construyendo un nuevo proyecto globalizador de *hegemonía orgánica* equivalente al que había logrado consolidar el menemismo durante la década del noventa. Algo que pareció

marchar hacia un buen destino durante la primera presidencia, pero se modificó sustancialmente cuando el denominado conflicto con las corporaciones agropecuarias, por la aplicación de la célebre Resolución 125. Entre muchas otras cosas, el desarrollo de esa confrontación puso de manifiesto que tanto el contenido como el estilo de gestión del nuevo movimiento popular habían provocado el alejamiento y luego la separación de un importante conglomerado de sectores medios de los grandes núcleos urbanos, que comenzaron a alimentar el crecimiento de un proyecto opuesto y alternativo. Las grandes luchas de los años posteriores demostraron que los dos estaban consolidados pero que no habían podido superar todavía su carácter de “proyectos prehegemónicos” en disputa.

Dicho en forma sintética, un espacio político dirige un proyecto prehegemónico cuando resulta capaz de conformar un bloque social que se identifica con los objetivos planteados y las acciones realizadas por un conglomerado construido con el aporte de diverso tipo de actores gremiales, políticos e institucionales. Este conglomerado se reconoce, a su vez, como tal, elaborando y difundiendo un nuevo tipo de discurso, un *relato prehegemónico* dirigido a construir nuevas subjetividades, explicando desde un nuevo punto vista la naturaleza de lo propio, de lo adverso y de lo diverso.

Este modo de considerar el proceso de construcción del Movimiento Kirchnerista y su alter ego, en un escenario de disputa permanente por la constitución de un bloque hegemónico y un modelo de hegemonía global aún indefinido, permite abordar con una misma clave interpretativa sus 12 años de gestión. Algo que debería comenzar con el análisis detallado del proceso que culmina con el cierre de la *crisis de hegemonía*, en las elecciones de medio término del año 2015 y abre, a la vez, el período de consolidación política y consagración electoral del nuevo movimiento y, constitución de un nuevo tipo de poder popular, basado en el *desarrollo económico con inclusión social, ampliación de derechos ciudadanos y expansión de la democracia*. •

Referencias bibliográficas

- Portantiero, J. C. (2002). “Fin de época”, en *Ciudad Futura*, Nº 51.
 Godio, J. (2006). *El tiempo de Kirchner*. Buenos Aires, Letragrifa.
 Miguez, D. (2013). *Diez años*. Buenos Aires, Planeta.
 Forster, R. (2013). *La anomalía kirchnerista*. Buenos Aires, Planeta.
 Pucciarelli, A. y Castellani, A. (2014): “Introducción”, en Pucciarelli y Castellani, *Los años de la Alianza*. Buenos Aires, Siglo XXI.